

## SERMON

SOBRE

### CUÁN DESGRACIADA ES LA SUERTE DEL INCRÉDULO EN ESTE MUNDO.

*Mercedem quam oportuit erroris sui in  
semetipsis recipientes.*

Recibieron en sí mismos la recompensa que á su error convenia.

(Rom., cap. 1, vers. 27.)

Hallábame yo, pocos momentos ántes de subir á esta sagrada cátedra, profundamente absorto en la consideracion de los tiempos; contemplaba la gran diferencia que hay de épocas á épocas; me parecia á las veces que los siglos son como los hombres, unos destinados á vivir felices, otros á ser desgraciados aunque empleen mil resortes para adquirir fortuna. ¿Es posible, decia yo, que hayan ocultado la verdadera situacion de su tiempo todos los historiadores? ¿Es posible que tanto hombre octogenario, en cuyos labios no se tome ni la mentira ni el engaño, se divierta en contar la paz, la felicidad, la abundancia y el reposo de sus años juveniles, y diga que nada de lo que pasa en nuestra edad se parece á lo que ocurría en la suya? Los padres vivian sosegados en el seno de su familia, y sus hijos oian su voz cual si sus ecos fuesen como los de un patriarca; la union más íntima, el amor más puro, las relaciones más sagradas enlazaban las familias, y si alguna vez se encontraban los hijos lejos de sus progenitores, á su debido tiempo volvian á presentar á sus plantas la abundante recompensa de sus tareas li-

terarias ó los laureles que alcanzaran peleando por su Pátria, por su Rey y Religion. Vivian los pueblos contentos y alegres; los jueces apénas tenian que hacer aplicaciones de la ley; los monarcas no tenian que temer las insurrecciones; todo era paz y prosperidad, y hoy día, que la civilizacion ha hecho tantos adelantos, hoy que las invenciones del arte han subido á su último apogeo, hoy que tanto se proclama la filantropía, el órden, la moralidad, la conciencia, el respeto á las leyes, la sumision; no se oye por todas partes sino guerras y opiniones de guerras, desórdenes, pobreza, miseria, ignorancia, trastornos en las familias, falta de educacion y respeto en los hijos, descuido y abandono en los padres, asesinatos, robos, envenenamientos, suicidios y calamidades.

Era este pensamiento un tormento para mi espíritu; era un gran problema que no podia resolver, cuando, abriendo el libro divino en que Dios habla á los hombres, encontré en él la solucion de este misterio: «El pecado hace infelices á los pueblos.» *Miseros facit populos peccatum.* Con estas palabras comprendí que habia en aquella edad un principio de dicha que no existe en la nuestra: con esta sentencia entendí que alguna mano audaz habia arrebatado al género humano la verdadera fuente de las riquezas, pues de otro modo no podia suceder que, siendo mayores los adelantos, creciese más y más la desdicha de los pueblos. Tienen, pues, razon los ancianos en decir que nuestro siglo no se parece al suyo; tienen razon los historiadores en cuanto afirman sobre la paz y prosperidad de su época. Era su siglo, siglo religioso, en que profundamente se veneraba la Religion, sus dogmas y moral; no habia salido aún de la infancia la gran maestra del error que quiso destruir la divinidad y reducir á puras convenciones las instituciones divinas y humanas. Hoy día este parto del infierno ya es un gigante robusto, que, á semejanza del gran coloso de Rodas, un pié pu-

siera en las riberas de la Iberia y otro en las raíces de los Andes; su brazo pesado se extiende hasta los confines del mundo; sus hálitos han osado penetrar en todos los países de la tierra; la incredulidad, ¡ah! ella es la que hace que nuestra edad sea tan desgraciada, porque los hombres han adoptado sus máximas, y no hay en el mundo un sér más desgraciado que el incrédulo.

Ved, amados míos, el objeto que voy á tratar en esta tarde: el triste cuadro de un hombre entregado en los brazos de la impiedad. No es más que un bosquejo casi imperceptible de otro cuadro horrendo, de otro estado desgraciado en que despues de esta vida se ha de ver el incrédulo. ¡Quiera Dios que atemorizado por los males de esta vida, levante sus miradas al cielo y le pida perdon! Entre tanto, pidamos nosotros sus auxilios por la mediacion de la Reina de los ángeles.

#### AVE MARÍA.

Por grandes que sean los honores, los talentos y riquezas del hombre, no puede gozar de ellos si no tiene religion. Proposicion de eterna verdad, dura á los ojos de la carne, incomprendible á la filosofía incrédula, pero infalible en todas sus partes. Para proporcionar al hombre irreligioso un destino á medida de sus deseos, reunamos todos los bienes y placeres de que puede gozar en la tierra; coloquémosle bajo un cielo hermoso, en una region afortunada, donde la naturaleza desarrolle todos sus encantos y hermosuras; rodeémosle de la sociedad más brillante y afable; démosle juventud, placeres, salud, riquezas, honores y glorias; añadid á esto cuanto queráis: si el hombre no tiene Religion, todo será nulo para formar el tejido de su dicha. Y ¿por qué? Porque sin Religion la naturaleza está como muerta y sin animacion; la sociedad de sus semejantes sin dulzura ni encanto;

los bienes, la fortuna y los honores, sin proporcion con los deseos del corazon humano.

Sí, amados míos; para el incrédulo la naturaleza toda es inanimada, incapaz de ocupar su imaginacion en la contemplacion de sus bellezas. ¡Ah! para el creyente todo el universo está vivo y animado; todo le habla y le responde; todo está dotado de inteligencia. Los cielos, matizados de globos esplendentes, le anuncian la gloria de Dios; los días, sucediéndose unos á otros, son una lengua viva, que descubren su majestad y grandeza; las estaciones del tiempo son otras tantas demostraciones de su infinita munificencia y liberalidad. ¿Qué más? Aunque este Dios es invisible, se ofrece á mi vista y á mis sentidos en cuantos objetos hay en la tierra. En los rayos del astro que ilumina el mundo, brilla á mis ojos su misma luz; sonríe su bondad en la hermosura de un día sereno; percibo su fragancia en los perfumes de las flores que los aires embalsaman: toda su fecundidad se me descubre en las doradas mieses y maduros frutos que me presenta por todas partes, alargando su mano para que yo los allegue. ¿Quién otro sino Él adiestra á la abeja para que me prepare su dulce miel? ¿Quién sino Él da á las ovejas los tupidos vellones para que se desprendan de ellos y me cubran y hermoseen? ¿Quién sino Él enseña al vil insecto á criar aquellos capullos que, modificados por el ingenio humano, sirven de manto á las majestades terrenas? ¿Quién sino Él somete á mis órdenes esa innumerable multitud de animales, mandándoles que se sometan á mi voluntad, que sirvan á mis caprichos, que me alimenten con sus carnes y que me deleiten con sus cantos y armoniosos gorjeos? Toda la naturaleza habla á mi corazon y me instruye. Todo me muestra la mano benéfica y omnipotente que se digna ocuparse en mis necesidades é interesarse en mis placeres, y trasportado de alegría, de reconocimiento y de amor, no puedo ménos

de exclamar: ¡Oh Dios, qué belleza y perfeccion hay en tus obras! ¡Qué atento te muestras para con el hombre en esta vida! ¡Qué bienes tan grandes le reservas para la otra, si en ésta, que es un desierto, así lo colmas de tus favores! ¡Oh! ¿Qué será al veros un día sin nubes ni enigmas, cuando la vista de las criaturas causa en mí éxtasis inefables? Y al decir esto me parece que los montes y valles dan saltos de alegría, que los prados y jardines pululan con más vigor las flores de que están matizados, que las hermosas avecillas se disputan la gloria de entonar conmigo himnos de alabanza al Criador.

Todo creyente vive animado de estos sentimientos, y con ellos ciertamente la vida es un encanto; mas el incrédulo está muy lejos de pensar de este modo. Para él no es nada ese órden admirable con que ruedan majestuosamente tantos orbes celestiales, sin encontrarse jamás en sus complicadas órbitas planetarias; para él no significa nada ese brillante astro que, colocado á distancia proporcionada, da á la tierra luz y la vivifica con sus rayos de fuego sin quemarla; para él nada significan las estaciones, que, sucediéndose ordenadamente unas á otras, ya reprimen la vegetacion y la reconcentran con los frios, ya le dan expansion con las aguas y rocíos, ya el incremento con los calores, ya la madurez con los suaves vientos del otoño. Ni el avecilla que embelesa con sus colores y melodías, ni la abeja que admira con su solicitud y destreza, ni los campos cuyas alfombradas superficies convidan al reposo y á las inocentes delicias, son suficientes para mover al incrédulo á alegría, á admiracion, á agradecimiento ni á ninguna de esas afecciones que ennoblecen al hombre y lo hacen verdadero filósofo y sábio; porque para él todos son efectos sin causa, movimientos regulados sin motor, un magnífico conjunto sin que haya quien lo ordene. Poseedor ingrato de todos estos bienes, en ninguno de ellos apercibe ni designio,

ni inteligencia, ni amor por parte del que los conserva. Hijo desnaturalizado, no conoce á su padre y bienhechor, ni siente alguna de esas nobles emociones que enternecen nuestro corazon y alivian nuestra miseria. Hombre sin Dios, se seca y perece como vemos marchitarse la flor que no es visitada de los rayos del sol, ni del rocío del cielo.

No teniendo el incrédulo goce alguno por parte de la naturaleza animal, ¿podrá tenerlo en la racional? ¿en el trato social? ¿en la compañía de los hombres? ¡Ah! Yo concibo que la sociedad humana es deleitable cuando se tienen de ella ideas nobles y religiosas; yo concibo que cuando los lazos de una amistad recíproca y santa unen á los mortales, se cumple perfectamente la sentencia de David, que afirma ser la cosa más preciosa y jocunda el vivir los hombres hermanados: *Esse quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum*. Porque ni los cálculos de los políticos, ni las teorías de la razon, son capaces de fundar y sostener la sociedad racional. Sólo la Religion enseña cuáles son sus bases verdaderas, lo que es fácil demostrar; ella constituye al género humano en una grande é idéntica familia, partida en várias secciones, pero todas unidas por el amor; son familias diferentes las naciones, los pueblos y las provincias; son familias diferentes las que dimanen de distintos ramos, mas todas forman un árbol gigantesco de sesenta siglos, una misma raíz lo sostiene, un mismo jugo lo anima, y aunque en este árbol de estupenda magnitud se vean familias brillantes como las flores, otras oscuras como las hojas, otras desnudas y pobres como las cortezas, mas todas están hermanadas en un mismo principio de vitalidad; ámense los hombres unos á otros como manda la ley natural y divina; no quiera el hombre para otro lo que no quiera para sí, como inspira la sindéresis; reconozca cada cual que Dios exige del hombre las primicias de su amor, y entón-

ces la tierra será un trasunto del Paraiso; entónces la sociedad humana, segun la expresion del Profeta nombrado, será más amable y suave que el precioso timiama, que fué derramado sobre la cabellera y ornamentos sagrados de Aaron; su gloria y felicidad será como la del monte Sion, fecundado por los rocíos del Hermon; entónces derramará Dios en ella sus abundantes bendiciones, y los corazones humanos rebotarán en delicias inefables.

Pero, entendedlo bien, amados míos; el incrédulo no puede encontrar estos encantos en la sociedad, porque él es en medio de sus semejantes lo que son esas aves de rapiña, que no tienen otro instinto que el de devorar á sus inocentes compañeras que se les asemejan en su organización. Porque, hablemos con claridad, ¿qué son para el incrédulo los hombres? ¿qué es la sociedad? Vergonzoso es tener que repetir en este lugar las blasfemias sociales y religiosas que salieran de la boca de los incrédulos más sábios: para ellos el hombre es un sér salvaje y solitario, que aprendiera de los irracionales á unirse á los de su especie; un sér sacado á luz por combinacion fortuita de los elementos; un sér en quien una larga y desastrosa experiencia ocasionára una perfeccion de sentimientos; la sociedad un convenio que, hecho por los hombres, puede deshacerse cuando les plazca; de aquí es que, segun las máximas del hombre que más escribió en el particular, de aquel sofista que pretendió componer la sociedad racional segun sus teorías absurdas, el padre y el hijo son tanto como el leon y el leoncillo que, encontrándose á los dos años, no se conocen, y acaso se devoran; la madre no cria al hijo de sus entrañas sino por desembarazarse de un peso que pudiera ocasionar su ruina; los hombres todos son unos séres vituperables, que en nada se distinguen del bruto, porque su raciocinio es el equivalente del instinto animal; su voz la copia del rugido de las fieras; sus afectos y sentimientos, sus virtudes y vi-

cios, un resultado de la diferente organizacion; ente sin libertad, que sigue necesariamente las inclinaciones físicas, y nada espera para el porvenir. ¡Cuántas blasfemias! ¡Cuánto absurdo! ¡Qué misantropía tan atroz! Con estos principios, ¿qué placer puede tener el incrédulo de vivir entre sus hermanos? Animado contra ellos con una rabia tigrina, preciso es que se persuada que todos abundan en los mismos sentimientos contra él, ni puede apreciar la dulzura de un amor casto bien correspondido, ni puede conocer la gratitud, la liberalidad, la franqueza, la justicia, la misericordia, con todas las virtudes que forman el hermoso conjunto humano. ¡Qué diferentes son los sentimientos sociales que la Religion inspira! Para el creyente, el hombre es un sér oriundo de la Divinidad; su alma es un retrato de la esencia divina, es noble, sublime, inmortal como los ángeles; su voz y sus palabras, al dar á luz los pensamientos espirituales, son un tipo de aquel Verbo eternamente engendrado en el Corazon divino, y que, identificado en la esencia del Padre que lo engendra, forma una persona realmente distinta; para Él la sociedad humana no es más que un diseño de aquella union celestial que reina en la santa Sion. ¡Ah! Cuando el mundo estaba animado de estos principios eternos, ¡qué dulce era la sociedad humana! Sí; Dios quiso darnos una copia admirable de la paz del cielo en aquellas sociedades que empezáran en el Apostolado, siguieran en los Pacomios y Antonios de Thébas, y continuáran en los Benitos, Bernardos, Domingos, Franciscos de Asís é Ignacios de Loyola; allí todo era paz, sosiego, amor y felicidad, pues hubo ocasion en que muchos miles de hombres eran mandados por uno solo, y acaso el más íntimo, sin que ninguna pasion pululase entre tanta muchedumbre. ¡Qué diferencia hay de aquella sociedad santa y racional inspirada por la Religion, de la que ha querido instituir la incredulidad de nuestra época, en que mil gober-

nantes y mandatarios no bastan para gobernar á un hombre solo! Con razon bramará tanto la filosofía incrédula contra las sociedades santas; con razon aplicará el fuego, el puñal y el exterminio á tanto sagrado recinto, para no ver practicados los sólidos principios sociales; pero pase-mos adelante, y concluyamos de demostrar la desgraciada suerte del incrédulo.

Es el incrédulo un espíritu insensible á los bellos encantos de la naturaleza; es un hombre feroz, como los descendientes de Ismael, que viviendo entre los hombres es enemigo de todos, y cree que todos lo son de él; se cree tan aislado en medio de la familia racional, como el buho, que por instinto huye de sus semejantes; está reducido á sí solo. ¿Qué habrá en el mundo que pueda hacerle feliz? ¿Los placeres sensuales? ¿Los talentos? ¿Las riquezas? ¿Los honores? ¿El poder y la gloria? Démoselos, pues, al incrédulo; posea enhorabuena todo lo que anhelan los mundanos, que, esto no obstante, es el sér más desgraciado del mundo, porque en ninguno de estos objetos puede encontrar su corazon una satisfaccion completa.

Y, en efecto, tal es la ansiedad del corazon humano, que nada le satisface en este mundo; cuanto más tiene, más desea poseer; cuanto más posee, ménos placer siente en el goce de las cosas poseidas. Así es que Dios no quiere del hombre sino el corazon, porque al criarle le imprimiera en él el sello de la inmensidad, para que nada le saciase con plenitud, sino lo que es inmenso é infinito. Cuando de mano de Dios recibiera el hombre la propiedad de la tierra, con sus producciones, animales y tesoros, me parece estar oyendo la voz divina, que instruye al mortal y le dice: «Te he hecho á mi imágen y semejanza; te he dado un corazon con deseos inmensos, con esperanzas inmortales, con propension á poseer un bien infinitamente perfecto; derrama tu vista sobre las insondables aguas del mar; encierra este gran abismo en su

centro animales sin número, tesoros riquísimos; pero el mar tiene límites, y tu corazón no; recorre la tierra, profundízala, registra sus preciosos metales, sus diamantes y rubíes; pero la tierra tiene una órbita muy corta; tu corazón no se satisface en ese pequeño espacio cuando hay otro inmensurable; todo esto es tuyo, sin embargo; todo lo he criado para tí, mas ese corazón que te he dado lo he criado para mí. En vano poseerás los cetros, los imperios, las riquezas y los honores; si no me das tu corazón, siempre tendrás hambre y sed, y jamás se cumplirán tus deseos: *Fili, præbe mihi cor tuum*. Así como crié la inmensa latitud de los mares para recibir en su seno las aguas, así crié esa inmensa latitud de los cielos, donde millares de estrellas giran con orden y simetría, para recibir tu corazón. Sólo cuando yo te inunde allí el torrente de mis delicias te verás refrigerado; sólo cuando yo te llene dejarás de estar vacío; sólo cuando yo te alimento dejarás de padecer hambre: *Fili, præbe mihi cor tuum*. Tal es, amados míos, la naturaleza de nuestra alma; encerrada en el cuerpo, busca en él la tierra el bien por que suspira, y no hallándolo, sale de los objetos visibles, y en las alas de la inteligencia rápidos vuelos da hasta el cielo, donde habita el objeto que ama, de quien tiene la idea y semejanza. ¡Ah! Todo lo que no sea Dios, es cosa bien pequeña para llenar los deseos de un sér espiritual é inmortal.

Quitando, pues, el incrédulo al alma la esperanza de la inmortalidad, haciéndola tan perecedera y corruptible como la materia, ¿qué podrá darle para que quede satisfecha? Sé feliz, alma mía, le dice; pero ¿qué objeto le presenta que la haga dichosa? ¿Los placeres de la carne? ¡Desgraciado! Pronto le sucederá como al jóven pródigo que, hambriento de placeres, deseaba saciarse como los animales inmundos que custodiaba, y nadie se los proporcionaba; se internará en todas las abominaciones; se

entregará á todos los excesos de las orgías; se revolcará entre las obscenidades, pero en medio de ellas, el alma dejará oír su voz, y retirándose con desden de entre la brutal lujuria, dirá con energía y vigor: ¡Ah! Esto es todo inmundo; yo no hallo satisfechos mis deseos en la hedionda cloaca de la deshonestidad; yo no puedo soportar la fetidez de estos placeres tan sucios; cuanto más me ahondo en ellos, me encuentro más manchado; cuanto más los poseo, tanto más me causan hastío.

Demos, pues, al incrédulo talentos superiores; con ellos se ha de atraer la admiración universal; ha de recibir homenajes del mundo sensual; ha de percibir los perfumes de la adulación; los grandes y pequeños lo han de señalar en las plazas y calles; pero al fin le sucederá lo que aconteciera al impío octogenario del siglo XVIII, que á poco de haber entrado en triunfo en la gran ciudad donde estableciera su escuela, entregara su espíritu, devorado por los remordimientos de haberse servido de sus luces naturales para pervertir al mundo y satirizar la Religión; dadle conocimientos profundos, con los cuales cree nuevas teorías para gobernar á los pueblos, é invente religiones sentimentales, que al fin no tendrá el talento suficiente para hacerse más fuerte que la desgracia, y se entregará á la voracidad de un tósigo, como hiciera aquel sofista del *Pacto social*, cuyo ingenio fué admirado como un coloso espiritual. ¡Ah! ¿Qué fueron para vosotros ochenta ó cien años de gloria, cuando aspirábais á inmortalizar vuestro nombre? ¿Qué satisfacciones pudo tener aquella alma tan erudita, cuando no supo tener un momento de placer, pues el mismo filósofo de Ferney confesó que toda su vida había sido «una perpétua y horrible pesadilla,» que lo devoraba noche y día?

¿Satisfarán al alma las riquezas? ¡Ah! Después de haber pasado muchos años en adquirir con sudor; después de haber empleado mil resortes para amontonar el